

# La invención de Puga



En la estampa No metas la mano al arroz, porque te quemas los dedos, vemos a una mujer, peinada con las peinetas del descaro y el mitote, que golpea a una señorita bien portada con la chancleta de la política; al fondo, la Constitución está abierta y el Tío Sam mira la escena, acompañado por el lobo de la ambición (El Diablito Rojo, octubre [?] de 1909).


Victoria Estrada\*

Un campesino regresa a su casa después de “la bola” —la Revolución—; lleva a sus espaldas un saco lleno de puros rollos: el mitote, promesas, esperanzas y democracia; de su costado pende la espada del motín. Su esposa y sus hijos hambrientos lo reciben con reclamos (San Lunes, 4 de octubre de 1909).




**M**aría Luisa Puga nació en la ciudad de México el 14 de febrero de 1944. Escribió más de una veintena de libros, entre novelas, cuentos, libros para niños, ensayos y artículos. Trabajó impartiendo talleres de escritura, su vida se encontraba completamente inmersa en las letras; Puga decía que “todo es escribible porque es vivible”, por esto se reconoce que mucha de su obra tiene tintes autobiográficos. Pero más que hacer de sus escritos una simple autobiografía, esta autora equipara la vida y la escritura de una manera casi absoluta, pues además de los textos que publicó a lo largo de su vida, mantenía un diario: cuadernos donde registraba todo lo que vivía; un ejercicio constante y compulsivo que le servía para recordar, pero también para entender y explicar sus vivencias.

El último texto de María Luisa Puga se publicó en 2004, el mismo año en que falleció. Éste se titula *Diario del dolor* y narra la experiencia que tiene la autora con su enfermedad —artritis reumatoide— y el dolor que le produce. Al mismo tiempo que publica este libro, Puga presenta una versión en audio que graba ella misma, con el fin de que llegue a aquellos que no puedan leerlo directamente. A Puga le interesa establecer esta comunicación, de alguna manera hacerles saber que no están solos. En los textos de Puga se aprecia siempre esta intención, busca establecer un diálogo y no encerrarse en el texto, sino comunicarse con los otros; utiliza su propia experiencia para formar un camino que le permita salir de este laberinto de las palabras.



**María Luisa Puga buscaba  
representar las circunstancias en  
que estaba inmersa, escribía desde  
su experiencia para concretar una  
narración, donde a veces el centro no  
era ella, sino una mezcla de “verdad”  
y “ficción” que le permitía presentar  
lo más esencial acerca de lo que vivió.**



En este texto se identifica de manera homónima a la autora, narradora y protagonista del texto, lo cual podría llevar al lector a pensar que se trata de una autobiografía, memorias o algo parecido; pero, asimismo, aparecen elementos ficticios dentro de la historia, como la personificación del “Dolor” que acompaña a la escritora día y noche. Entonces, se puede decir que aparece una forma particular de escribir literatura: la autoficción. La autora busca hacer ficción de su propia experiencia, pero no exactamente construirse a sí misma como un personaje —como puede ser el caso de la metafiction— sino que usando mecanismos del discurso autobiográfico plantea la creación de un texto que sea al mismo tiempo real y ficticio. Este recurso literario permite representar una experiencia particular de la escritora, donde la vida y la escritura no se encuentran separadas. Es por eso que no se distinguen claramente las partes que se pueden identificar como autobiográficas y las que son ficcionales. Más allá de tratar de presentar una autobiografía novelada, en María Luisa Puga se reconoce la intención de crear una poética donde la escritura es parte de la vida. Se presenta la relación de la autora con el dolor, pero también la manera en que la literatura se relaciona con la vida diaria.

Para entender esta forma, conviene reconocer una distinción entre lo ficticio —que se identificaría como falso— y lo ficcional —que se produciría como efecto de un discurso literario— donde la autoficción puede ser ficcional pero no ficticia, pues busca presentar una verdad más profunda de las experiencias vividas por la autora, más allá de la simple anécdota. Es importante pensar también que los textos que se leen como “ver-

daderos” —como una autobiografía—, sólo es posible leerlos así porque existe una convención, lo que Phillippe Lejeune llamó el “pacto autobiográfico, entre el autor y el lector para aceptarlos como tales”. En ellos el autor se compromete a decir la verdad, aunque no haya nada que obligue a hacerlo, y el lector a creer lo que éste le dice, aunque no haya manera de comprobarlo. María Luisa Puga juega con estas convenciones al presentar su texto como un “diario”.

La autoficción muestra que la realidad se construye como una historia que nos contamos a nosotros mismos, pues sabemos que no es posible recordar fielmente ningún hecho, nuestros cerebros no funcionan de esa manera. Las emociones, la salud o enfermedad de nuestro cuerpo condicionan nuestra memoria, dentro de cada recuerdo aparece siempre algo de ficción.

María Luisa Puga buscaba representar las circunstancias en que estaba inmersa, escribía desde su experiencia para concretar una narración, donde a veces el centro no era ella, sino una mezcla de “verdad” y “ficción” que le permitía presentar lo más esencial acerca de lo que vivió. Al hablar de un modo tan personal, presenta un punto de vista que no es posible articular de ninguna otra manera. Para esta autora la escritura es parte y continuación de la vida, la autoficción que crea en sus textos es resultado de esto. En *Diario del dolor*, Puga lleva su experiencia al papel para lograr hacerle frente, aunque no puede detener el dolor ni la enfermedad, busca conservar su identidad y su escritura.

\*Egresada de la Licenciatura en Literatura Hispanomexicana de la UACJ.